



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

D. JOSE MARIA MORELOS Y PAVON

Quando Hidalgo se dirigía de Valladolid a México en octubre de 1810, se le presentó en Charo el cura de Necupétaro y de Carácuaro D. José María Morelos, a quien dió orden para que lo siguiese a Indaparapeo. En aquel lugar le comunicó Hidalgo, que el objeto de la revolución que había emprendido era hacer la independencia, respecto a que la ausencia del Rey (Fernando VII) en Francia presentaba coyuntura para lograrla. Morelos, que respetaba las luces e instrucción de aquél, se hallaba también prevenido en favor de sus intentos, por las vulgaridades que se habían hecho correr, de que los europeos se iban a echar sobre los eclesiásticos y sus bienes; que también tenían dispuesto prender con el mayor rigor a los americanos y degollarlos hasta ciertas edades, y que estaban en conexión con los franceses para entregarles el reino.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Penetrado de estas ideas, fué a hablar con Hidalgo cuando supo que estaba en Valladolid, y no habiéndolo encontrado ya en aquella ciudad, resolvió ir a alcanzarlo, aunque lo disuadía el gobernador de la Mitra, Conde de Sierra Gorda, y habiendo Hidalgo disipado los escrúpulos que le inspiraba la censura del Obispo Abad y Queipo, que él mismo había publicado y fijado en su parroquia, persuadiéndole que la excomunión no le comprendía, y que ya España estaba por los franceses, admitió la comisión que le confirió, concebida en estos términos: "Por el presente, comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado". Este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España.

En la relación de los sucesos del hombre más notable que hubo entre los insurgentes, seguiré casi literalmente la que él mismo firmó, en las declaraciones que por vía de información se le tomaron en su causa. No trató en ellas Morelos de desfigurar los sucesos, ni de disculpar o disminuir la parte que en ellos tuvo; los refirió con buen orden, claridad y verdad, por lo que su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo. El, al ministrar así los mejores materiales para formarla, no tenía ya interés ni motivo alguno que pudiese inducirle a alterar la verdad. Con sólo la eternidad ante sus ojos, contó fielmente todo cuanto aconteció, desde que tomó parte en la revolución hasta que fué aprehendido, sin jactancia al hablar de la ventajas que obtuvo, y sin bajeza ni humillación cuando trata de los reveses que experimentó. Califi-

L U C A S A L A M A N

ca a los hombres con imparcialidad, y expone sus miras con admirable penetración. Si, pues, la relación que voy a formar de las campañas de este hombre memorable, difiriere en algunos puntos de las que se han publicado, la autoridad en que me apoyo para todo cuanto haya de decir, será la del mismo Morelos, digna, sin duda, de ser respetada más que ninguna otra, por todas las razones expuestas.

D. José María Morelos y Pavón nació en la ciudad de Valladolid de Michoacán, a la que por esta circunstancia se ha dado el nombre de Morelos, y en ella tuvo una casa construída a sus expensas, frente al callejón de Celis. Fué su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro, aunque en sus declaraciones se califica él mismo de español, porque, como he tenido ocasión de notar en otra parte, nadie en aquella época quería pertenecer a otra clase, y al mismo tiempo que se afectaba legítimar la independencia, apoyándose en los derechos de los indios que se pretendía reivindicar, declamando contra la injusticia de la conquista, todos querían derivar su descendencia de la nación conquistadora y no del pueblo conquistado.

El ejercicio de Morelos en la primera y mayor parte de su vida fué de vaquero, y una señal que tenía en la nariz era efecto de un golpe que se dió contra una rama de un árbol, siguiendo a caballo un toro, habiendo caído en tierra aturdido.

A los treinta y dos años emprendió la carrera eclesiástica, y no hizo más que los estudios muy precisos para poderse ordenar, estudiando filosofía de día y moral de noche, en el colegio de San Nicolás de Valladolid, bajo la dirección del cura Hidalgo,

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

que era entonces Rector de aquel establecimiento. Diósele después el curato de Carácuaro, de corta renta y uno de aquellos que se conferían a los eclesiásticos de poca instrucción, que no tenían recomendaciones en el obispado, sino por la necesidad de proveer de curas a los pueblos de mal clima y escaso provecho.

Estaba en su parroquia, cuando a principios de octubre de 1810 supo por D. Rafael Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe, la revolución que se había movido en Dolores, cuya noticia le confirmó el ver pasar a algunos europeos, que al acercarse Hidalgo huían de aquella ciudad, de Pátzcuaro y otras poblaciones vecinas, con lo que determinó ir a aquella capital, para informarse mejor del motivo de aquellos movimientos, y habiendo seguido a Charo en busca de Hidalgo, admitió de éste la comisión que he copiado arriba. Las instrucciones que le dió para desempeñarla, fueron: que en todos los lugares por donde pasara se encargara del gobierno y recogiera las armas, dejando aquél en la persona que lo obtuviese, no siendo europeo, bajo las seguridades que le pareciese, y siéndolo, nombrase otro; que aprehendiese a todos los europeos y los remitiese a la Intendencia más inmediata, embargando sus bienes para pago de las tropas que levantase. El destino final de los europeos había de ser, según Hidalgo le comunicó, el que, dándoles lugar a los casados para que se reuniesen con sus familias, marchasen a su tierra o a una isla que el mismo Hidalgo había de señalar. Dió también el encargo de tomar la plaza y puerto de Acapulco, siendo éste el principal objeto de la comisión de que iba encargado.

De regreso a su curato, reunió Morelos en él veinticinco hombres, que armó con algunas escopetas y lanzas que mandó

fabricar, y con esta pequeña fuerza se dirigió a Zacatula. En la costa del Sur, como en la del Norte, no había milicias (realistas) disciplinadas, ni más tropa sobre las armas que una corta guarnición en Acapulco. Las compañías de milicias levantadas en varios pueblos, formaban divisiones que nunca se reunían para su instrucción. Las armas estaban en las casas de los capitanes, y los más de los oficiales residían en las capitales o lugares grandes, pretendiendo estos empleos por sólo el honor, sin haber visto nunca a sus soldados.

Los rápidos progresos de Morelos, que en poco más de un mes conmovió toda la costa del Sur, y sin encontrar resistencia en ninguna parte, se había puesto a la vista de Acapulco, hicieron que el Virrey (Venegas) tratase de oponerle una fuerza capaz de contenerlo en su veloz y próspera carrera; pero estando las mejores tropas y los jefes más distinguidos empleados en los ejércitos de Calleja y Cruz, tuvo que ocurrir a las tropas de la brigada de Oaxaca, dando el mando de las compañías de la costa que hizo reunir, al capitán D. Francisco Paris, comandante de la quinta división de aquellas milicias. Dióse orden para que fuesen a ponerse al frente de sus compañías los oficiales de ellas, y salieron con este fin de Oaxaca los que lo eran, casi todos comerciantes acaudalados que no tenían tintura alguna de guerra.

(No debe extrañar, pues, que) Morelos en una campaña de nueve meses, haya destruido u obligado a retirarse a todas las tropas reales que había desde la costa del Mar del Sur hasta el Mexcala; haya tomado su artillería y armamento, y se haya hecho dueño de toda aquella extensión del país, no quedando

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

en él por el Rey, más que la plaza de Acapulco, cuya guarnición no se atrevía a salir de ella.

(Todavía en agosto de 1811) el Virrey no tenía ni fuerzas que oponerle ni jefe capaz de mandarlas, y la estación ya muy avanzada, que tan oportunamente sirvió siempre a Morelos como un antemural inexpugnable, ya para completar la organización de sus tropas sin ser inquietado, después de obtener ventajas, como en el caso presente; ya para rehacerse de un descalabro como más adelante sucedió, no permitía a los realistas emprender nada en mucho tiempo con tropas del interior, en climas mortíferos, y en países, que para internarse en ellos, es menester llevar todo género de provisiones para hombres y caballos, las que prontamente se inutilizan en la estación de aguas, así como el armamento y municiones, con el exceso de la humedad y del calor, haciéndose, además, intransitables los caminos e impracticables los vados de los ríos.

Morelos por el contrario, cubierto por el Poniente por la tierra caliente de Michoacán, toda en insurrección y contra la cual nada podían emprender los realistas por presentárseles las mismas dificultades, podía dirigir sus ataques según le conviniese, o contra la provincia de Oaxaca, defendida sólo por los jefes y tropas que él estaba acostumbrado a vencer, o contra la de Puebla y el Norte de la de México, en las que hasta las puertas de ambas capitales, no había más fuerzas que oponerle que las que mandaba García Ríos en Tasco, los Patriotas de Mositu en Izúcar y las compañías levantadas en las haciendas y los pueblos, todo lo cual no era bastante a resistirle.

Morelos era no sólo un hombre de resolución, sino que para nada se detenía en los medios que podían conducir a sus fines.

Su aspecto retrataba su carácter: un rostro torvo y ceñudo, inalterable en todas circunstancias, era la expresión de aquella crueldad calculada, con que fríamente volvió sangre por sangre, y pagó a sus enemigos centuplicados los males que de ellos recibió.

Su decisión por la revolución no sólo se fundaba en su propia opinión, sino aún más, en el respeto que profesaba al cura Hidalgo, y así es que "viendo que éste se titulaba Capitán General (son sus propias expresiones) y que en Valladolid erigió Intendente y otras autoridades que desempeñaban puntualmente sus cargos, le pareció indispensable obedecer a aquél bajo de las circunstancias que le prescribió, pues su doctitud no le daba el más mínimo recelo de que irían errados sus proyectos, mayormente cuando no había Rey en España, y que por esto hacía compatibles sus designios, por lo que más bien se creyó obligado a defender la América hasta lograr su independencia, que las obligaciones de su curato". Esta fuerte convicción, que forma tanto los héroes como los fanáticos, se ve impresa en todos sus pasos, sin que ella lo apartase de la observancia de sus principios religiosos. Antes de entrar en una acción, se confesaba siempre, y con esta preparación no temía exponerse al menor riesgo.

Desde que corrió la primera sangre en El Veladero y La Sabana, no volvió a celebrar misa por considerarse irregular, pero siempre tenía capellán que se la decía y confesor, que lo fueron varios que especifica en sus declaraciones.

Aunque generalmente se le concede poca capacidad, y se atribuye a los que le acompañaban el acierto de muchas de sus disposiciones, no aparece así de las contestaciones dadas en su proceso y de muchas de sus providencias, en las que se ve un

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

hombre rústico y sin letras, pero dotado de penetración, siendo una prueba de ésta, esa misma elección de personas que contribuyeron a sus progresos.

Como por desgracia era tan común en el bajo clero, y en especial en los curas de pueblos cortos, sus costumbres no eran puras, y sus propensiones eran meramente materiales y groseras, y así tuvo varios hijos en mujeres desconocidas de su pueblo.

Las armas a que era más aficionado eran las pistolas, de las que llevaba un par en las bolsas de su chaqueta, otro cuando iba a caballo en la cinta y otros dos pares en la silla, delante y detrás de ella; cuando dormía siempre las tenía a su cabecera y frecuentemente se ejercitaba por las tardes en tirar con ellas al blanco.

Aunque en tiempos posteriores se le ha presentado a Santa Anna como signo de victoria, estando sitiado México por el ejército norteamericano, la lanza de Morelos, el general D. Nicolás Bravo que tan de cerca lo conoció y trató, jamás le vió usar semejante arma.

Sin embargo de que en cinco años de campaña entraron en su poder grandes sumas de dinero, nunca tomó para sí más que lo preciso, siendo su gasto personal muy corto, y nada separó para su provecho particular; de suerte que a su muerte nada tenía, y (debe recordarse) que por satisfacer su odio a los españoles, rehusó recibir de alguno de ellos por salvarle la vida, una cantidad considerable.

Tal era el nuevo enemigo del gobierno español que se había formado en las costas de Acapulco, mientras que todo el poder de éste se empleaba en las provincias del Norte. Ignorado y despreciado en su principio, (fué) adquiriendo fuerzas por la in-

ción temporal y después el paraíso, con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes”.

Sin embargo, hablando personalmente de Morelos, dice al Virrey: “El cobardón del cura Morelos, no sale de su casa, sino al amanecer de los días de fiesta, para exhortar a su canalla, con el Divinísimo en sus sacrílegas manos, si por sus incomprendibles juicios baja a ellas”. Es cierto que Morelos permanecía en las casas reales que ocupaba en la plaza de Santo Domingo, jugando todo el día malilla, con la tranquilidad que pudiera en la casa cural de su pueblo, y dejaba todo el riesgo y la gloria de los multiplicados accidentes del sitio a Galeana y D. Leonardo Bravo, pero no por eso merece la calificación de cobarde un hombre que hasta entonces nunca había excusado poner su persona en peligro.

(Por el contrario), Morelos mostró en todas (las batallas) aquel valor calmoso, sin entusiasmo, sin ardimiento, que era su carácter. (En la toma de Oaxaca, en noviembre de 1812), colocado cerca de la batería desde la que (D. Manuel Mier y) Terán estaba batiendo el fortín de la Soledad, las balas con que el fortín respondía pasaban cerca de él, mientras almorzaba, pues siempre en las grandes ocasiones, y en los mayores peligros su apetito se despertaba, y no hizo más que apartarse un poco, sin dar muestra alguna de alteración.

(Y cuando llegaron los malos tiempos), el temor que Morelos inspiraba aún después de sus derrotas, y la nombradía que había ganado, lo prueba la impresión que su prisión causó, la ansia curiosa de verlo y conocerlo, y la importancia que el gobierno dió a todos los incidentes de su proceso. Entre éstos es muy notable la causa que la Inquisición le formó, en la que se

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

echa claro de ver el empeño que se tenía en hacerlo pasar por hereje, para que esta calificación recayese sobre la revolución en que él había tenido una parte tan principal, y por esto, sin duda, el Inquisidor Flores decía al Virrey, cuando en oficio de 23 de noviembre (de 1815) le pedía que demorase por cuatro días la ejecución de la sentencia de la Junta Conciliar, "que la intervención de aquel Tribunal podría ser muy útil y conveniente a la honra y gloria de Dios, al servicio del Rey y del Estado, y quizá el medio más eficaz para extinguir la rebelión y conseguir el imponderable bien de la pacificación del reino, con el desengaño de los rebeldes en sus errores". Este objeto, sin embargo, estuvo lejos de lograrse, o más bien, el artificio obró contra sus autores, pues el proceso de Morelos fué el último golpe del descrédito de este Tribunal, cuyo postrer acto público fué el auto de fe de aquel caudillo. De todo podría ser acusado Morelos, menos de herejía, y además de la injusticia de la sentencia, pareció una venganza muy innoble presentar como objeto de desprecio y vilipendio al mismo hombre que lo había sido antes de terror, no respetando los fueros de la desgracia, y cubriéndolo de ignominia en el momento de bajar al sepulcro.

Terminaré lo que tenía que decir acerca de Morelos, rectificando algunas noticias de su biografía, por documentos que han venido a mis manos después de escritos los capítulos precedentes. D. José María Morelos nació en Valladolid el día 30 de septiembre de 1765, y en el bautismo que se le dió el 4 de octubre siguiente, se le puso por nombre "José María Teclo". Fué hijo de Manuel Morelos y Juana Pavón, y su partida de bautismo se asentó en el libro parroquial de los españoles.